

cataratas, que llamó, según ya sabes, *cataratas Victoria*.

Poco después realizaba nuevos descubrimientos, entre otros el del lago *Nyasa*, mucho mayor que el Ngami y situado hacia el este; más tarde recorrió las orillas del lago *Tanganyika*, que otros exploradores habían descubierto unos años antes.

En *Udjiji*, una de las aldeas situadas sobre ese lago fué donde lo encontró Stanley el 3 de Noviembre de 1871.

—¿Stanley, el que ha descubierto el Congo?

—Sí; hacía años que no se tenía noticia de Livingstone y ya se le consideraba muerto, cuando el propietario de un gran periódico americano, el *New-York-Herald*, mandó á Stanley en busca suya.

Durante dos años no pudo obtener Stanley ningún indicio sobre el paradero de Livingstone y ya empezaba también él á creer que había muerto, cuando á fines de Septiembre de 1871 supo que el doctor se encontraba en los alrededores del lago Tanganyika. Á pesar de que tanto Stanley como su escolta estaban extenuados de fatiga, se pusieron inmediatamente en camino, y seis semanas más tarde encontraban á Livingstone en la aldea de *Udjiji*.

Los últimos años del viajero inglés estuvieron consagrados á reconocimientos geográficos entre el lago *Tanganyika* y el lago *Banguleo*; falleció en la aldea de *Tchitambo* el 1.º de Mayo de 1873. Sus servidores lo embalsamaron y llevaron el cuerpo hasta Zanzíbar, recorriendo al efecto 2240 kilómetros; allí fué embarcado para la Gran Bretaña, que le tributó los funerales reservados á sus hijos más ilustres.

Si ahora añado que el duraznero que acabamos de ver procede de uno de los huesos que Livingstone plantó en estos sitios cuando estuvo en ellos, no

extrañarás mi alegría al verlo, y comprenderás el sentimiento que me movió á conservar como reliquias algunas hojas suyas.

—No todos podemos, siguió diciendo el Sr. Berton, realizar expediciones semejantes y dar nuestro nombre á descubrimientos tan grandiosos como los de Livingstone y de Stanley; pero sí cabe seguir el camino trazado por ellos y procurar ensancharlo.

#### XL. — Á TRAVÉS DEL CONTINENTE AFRICANO.

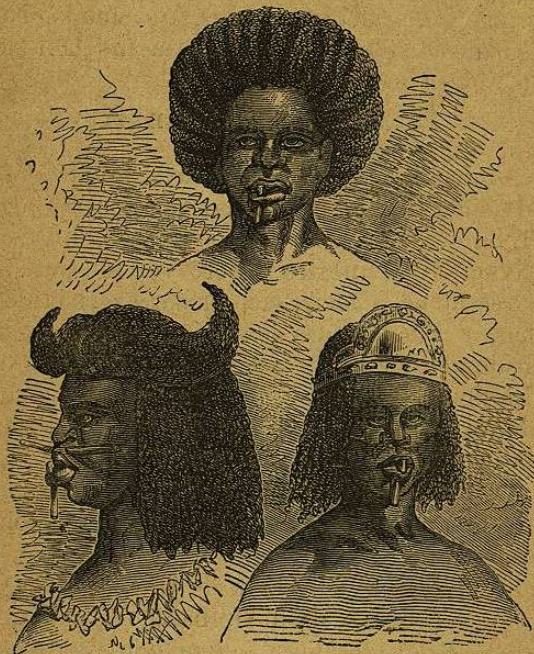
En las cataratas del Zambeza cambió el Sr. Berton de dirección, y en vez de seguir dirigiéndose al este, torció al sur. Á fin de no cansarse demasiado, ni él ni su gente, nuestro viajero volvió atrás por el mismo camino, es decir, río arriba, hasta la desembocadura del *Chobé*, uno de sus afluentes, y continuó en piragua su viaje por éste.

De tiempo en tiempo tomaban tierra para tratar con los salvajes que viven en las márgenes del Zambeza y del Chobé, y con frecuencia hubo que pagar las provisiones necesarias haciendo el retrato de algún jefe de tribu, ó dando una representación con la linterna mágica. Aunque en esas regiones no existe el telégrafo, la noticia de las maravillas que ejecutaba nuestro viajero se había difundido por extensiones considerables, inflamando las imaginaciones. Todos acudían á ofrecer víveres ó sus servicios como remeros en cambio del favor de asistir á una representación. El Sr. Berton aceptaba con tanto más gusto, cuanto que así economizaba sus propios víveres y, sobre todo, los objetos de cambio, ya no muy abundantes.

Miguel pudo estudiar en estas reuniones las modas del país.

Casi todos los negros le sacan punta á sus dientes,

para darse aires más feroces; además, se pintan el cuerpo, *se tatúan*, esto es, trazan en sus cuerpos, miembros ó rostros, dibujos de color, más ó menos complicados, que representan figuras humanas, flores y animales. Otros se hacen cortes en la nariz, la



Negros de las orillas del Zambeza.

frente ó las mejillas á fin de ostentar algunas cicatrices. También los hay que se introducen en el lóbulo de la oreja ó en las narices y los labios, palitos ú objetos pesados que dan á esas partes del rostro dimensiones desmesuradas.

En ciertas regiones, las mujeres se hacen en la piel de su frente ó de sus mejillas incisiones, donde

introducen materias venenosas que producen enormes lobanillos, que tienen en ocasiones el tamaño de un huevo de paloma, y que medio les tapan los ojos. Parece que esto constituye el *non plus ultra* de la elegancia y de la distinción.

Miguel rió mucho un día, durante una representación del *Gato con botas*, al ver una muchacha que hacía vanos esfuerzos para distinguir las figuras que la linterna mágica pintaba en la pared. Los dos elegantes lobanillos que tenía á cada lado de la nariz le impedían ver.

Sin embargo, hay negros cuya coquetería no es tan estúpida; pero ese poco de sentido común muy relativo, sólo está permitido á los hombres. Así, los Nyam-Nyam pasan con gusto su tiempo en trenzarse el pelo, hacerlo moños y adornárselo con conchas y cuentas de vidrio, que mantienen por medio de alambres; también usan collares y pulseras. El tiempo que ellos pasan en esos entretenimientos lo dedican las mujeres á cultivar la tierra y ejecutar los más duros trabajos.

— Mucho necesitan esos mozos, pensaba para sí Miguel, que les enseñen la galantería de los pueblos civilizados.

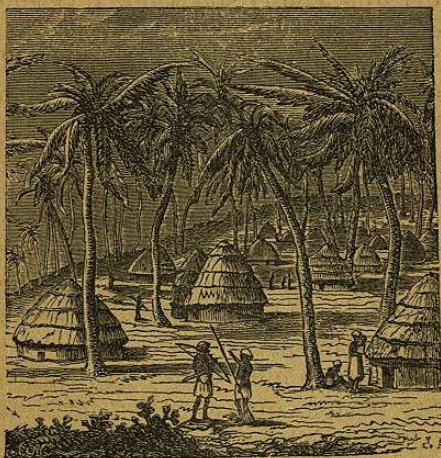
#### XLI. — UN BUEN NEGOCIO.

Tres años antes, otro viajero que había seguido el mismo itinerario que el Sr. Berton, pero en opuesto sentido, dejó en *Linyanti*, una de las principales aldeas de las orillas del Chobé, un carro análogo al que nuestros exploradores abandonaran meses antes, cuando la invasión de las moscas tsé-tsé.

El Sr. Berton tenía noticia de este hecho, y en sus previsiones entraba la adquisición de este carro para continuar su viaje, dado caso que aun existiera, y si

el terrible insecto que tan fatal le había sido la primera vez no venía de nuevo á oponerse á sus proyectos.

Por fortuna, el vehículo había sido conservado religiosamente por los encargados de su custodia. En efecto, para ellos aquel objeto era una manifestación esplendente de una civilización desconocida y



Aldea del África austral.

misteriosa que veneraban, tanto que el jefe Bakoba no quería en modo alguno cederlo. El Sr. Berton estaba en un apuro; al cabo de varias entrevistas con ese personaje, las cosas seguían como la primera vez. En vano le ofreció un par de pistolas, un reloj despertador, varias piezas de algodón, un surtido de cuentas de todos colores, y hasta cierta cantidad de los redondeles metálicos acuñados en nuestros países, que los salvajes empiezan á apreciar. Hizo el retrato de los personajes más notables de la corte, mostró su repertorio teatral entero, todas las

figuras y escenas de su linterna mágica; pero el rey seguía diciendo nones que nones, por más que se mostraba muy satisfecho.

El Sr. Berton se encaminó por última vez á la cabaña real, resuelto, si al fin no obtenía lo que deseaba, á buscar otros medios para salir del paso. Parlamentó inútilmente, como siempre, por medio de su intérprete con el soberano, y viendo que no conseguía nada, se levantó para salir. El rey, que no obstante sus negativas, quería quedar en buenas relaciones con el blanco, y demostrarle además que era hombre fino, lo acompañó hasta la puerta. Una vez fuera de la oscuridad de la choza, acercó rápidamente su cara hasta juntarla casi con la del explorador, como para mirarlo mejor, y lanzó una exclamación de asombro: notaba por primera vez una cosa que le chocó mucho. ¿Qué eran aquellos redondeles de vidrio que el blanco tenía delante de los ojos y para qué podían servirle?

Sin andarse en chiquitas, llevó la mano á las lentes del Sr. Berton, que ésta era la causa de su asombro; el explorador se los quitó y se los dió, y el jefe se apresuró á ponérselos.

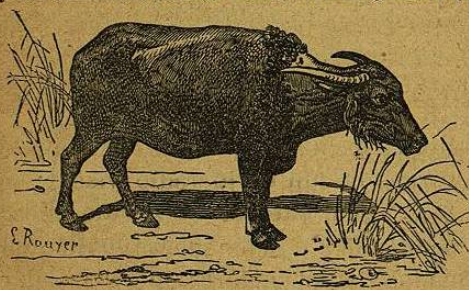
En seguida lanzó una exclamación de alegría y de sorpresa. Nuestro hombre era *miope*, sin haberlo nunca sospechado, es decir, sólo veía distintamente lo que se encontraba en un corto radio visual; lo más lejano no presentaba ante su vista sino líneas muy confusas. Considérese, pues, su estupefacción al darse cuenta de que con aquel instrumentito descubría multitud de cosas cuya existencia ni siquiera sospechaba, al paso que otras tomaban tonos claros que nunca les conociera antes.

El Sr. Berton no tenía ya que insistir para que le diesen el carro; con ceder tan maravilloso objeto, sería suyo el reino entero de Bakoba.

Después fué preciso procurarse los seis pares de bueyes necesarios para el tiro; también para esto hubo que entablar negociaciones laboriosas que, sin embargo, acabaron por dar buen resultado y al fin una mañana nuestros viajeros pudieron ponerse en camino.

La región era magnífica y lo escasamente quebrado del terreno permitía hacer uso del carro. El pesado vehículo desaparecía en ocasiones casi enteramente en medio de una espesa hierba, sobre la cual se alzaban árboles espléndidos: palmeras datileras, higueras, baobabs de troncos enormes, con que se mezclaban grandes parrales cargados de racimos maduros. Sin embargo, de cuando en cuando había que atravesar pantanos cubiertos de cañaverales ó de una hierba cortante como navajas de afeitar; pero después aparecía de nuevo la pradera, animada por la presencia de inmensos ganados de *antílopes*, *gacelas*, *gnús*, *cebras*, *jirafas*, *búfalos*, *alces* y *rinocerontes*.

**Búfalo.** — Gran cuadrúpedo del género *buey*, oriundo de la India y del centro de Africa, donde vive en grandes ganados, sobre todo

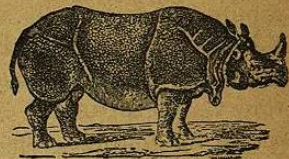


Búfalo.

— Gran cuadrúpedo salvaje del orden de los *paquidermos*, con uno ó dos cuernos encima del hocico. Es el más poderoso de los cuadrúpedos, después del elefante. Se le encuentra en Africa y Asia, sobre todo en la *India*.

Los diferentes tratos celebrados con los negros

habían disminuído mucho los bagajes sacados de San Pablo de Loanda; pero en cambio había otros bultos que contenían las colecciones reunidas por el Sr. Berton durante su viaje: animales y aves disecados, plantas secas y clasificadas, colecciones de insectos, muestras de minerales, multitud de objetos de fabricación indígena: armas, telas, joyas, loza, obras de cestería, productos de todas clases, que se proponía



Rinoceronte.

llevar á Europa, para dar idea de los países que había recorrido y de su estado social. Todo esto formaba un volumen muy superior al de los bagajes y hacía casi indispensable el uso del carro.

El vehículo era de gran tamaño y servía además de dormitorio, por lo menos al Sr. Berton y á Miguel. En cuanto á los negros preferían pasar la noche al raso. Sin embargo, *Zimbo* solía montar en él durante el día sin ocurrírsele que aquello era darse vida de príncipe.

#### XLII. — EL PASO DE UNA BANDA DE ELEFANTES.

Desde el principio del viaje no había pasado día en que no se vieran elefantes, ya aislados, ya en bandas más ó menos numerosas.

Por las noches acudían á bañarse en los ríos. Los nuevos eran guiados por sus madres, que arrollando su trompa en la de sus pequeñuelos, los dirigían y mantenían, como la mujer que lleva su niño de la mano.

Un día oyó Miguel de pronto ruido extraordinario, análogo á los sonidos de inmenso órgano. Al cabo de algunos instantes, se notó además que la tierra

parecía estremecerse; y poco después se presentó á bastante distancia un elefante viejo seguido por otros muchos. Éstos eran sin duda las avanzadas de la banda, pues no tardó en descubrirse una manada inmensa, sin que fuera dado calcular su número, pues no se le veía fin en el horizonte. Iban en la dirección de los viajeros, á paso calculado para no dejar atrás á sus pequeñuelos, pero con todo bastante de prisa.

Los exploradores atravesaban entonces una pradera sembrada de grupos de palmeras. Cuando el Sr. Berton vió acercarse la banda, se apresuró á resguardar el carro detrás de unos árboles, esperando que los elefantes pasarían á derecha é izquierda de su muralla protectora; mas, según dicen, esos animales no acostumbran cambiar de dirección cuando han emprendido una, y esto se comprende, pues las dimensiones y peso de sus cuerpos les hacen difíciles las evoluciones. Precisamente el grupo de palmeras que resguardaba al carro se encontraba en su camino. En vez de apartarse á uno y otro lado, los animales cogieron los troncos con sus poderosas trompas. Los verdes penachos se agitaron un instante en los aires y cayeron casi en seguida al suelo. Unos segundos más, y el grupo de palmeras iba á desaparecer; era seguro que los enormes brutos continuarían inmediatamente su marcha aplastando y haciendo trizas con sus gigantescas patas el carro, los buyes y hasta los hombres de la expedición.

Al oír los ruidosos resoplidos de los elefantes apareció en la entrada del carro una cabeza negra y asustada. Era la de Zimbo, quien se había refugiado allí para dormir la siesta. Desapareció un momento; pero salió otra vez y ahora en compañía de todo el cuerpo del negrillo, que de un salto se tiró del carro y de otro se plantó frente á frente de los elefantes.

Desplegando entonces un trapo de colores muy vivos que llevaba en la mano, lo agitó de manera tan provocadora y al mismo tiempo lanzó gritos tan estridentes, que los animales de las primeras filas se detuvieron espantados, lanzando unos sonidos análogos á los que emite una trompa de caza. De esto resultó por de pronto una confusión indescriptible, pues los elefantes que venían detrás seguían andando y chocaban con la cabeza de la banda que daba media vuelta. Al fin toda la manada echó en otra dirección, de esta vez á paso acelerado.

Lo que Zimbo acababa de emplear con tanto éxito como arma defensiva no era sino una bandera francesa que encontró á mano y que era la que el Sr. Berton enarbolaba en su carro cuando llegaba á un lugar habitado. El negrillo usó un medio empleado en su país en casos análogos. Como el elefante es muy miedoso, no obstante su colosal tamaño, basta casi nada para asustarlo y hacerle echar por otro camino.

Fácil es comprender que este episodio fué motivo para que Zimbo se entregara á sus acostumbradas exuberantes manifestaciones; en efecto, celebró su victoria con gritos de alegría, brincos y risotadas sin fin. Miguel no parecía contento de que su bandera nacional, que respetaba tanto, hubiera servido de espantajo, y más ganas tenía de censurar á su amigo que de elogiarlo; pero el Sr. Berton estaba demasiado satisfecho del resultado de la aventura, para no admirar la presencia de ánimo y el valor de que el negrillo acababa de dar tan brillante prueba, y para hacerle reproche alguno. El carro pudo continuar, pues, su marcha, siguiendo la ruta trazada por los elefantes á través del bosque y de la pradera. El espectáculo era lamentable y la destrucción completa: árboles arrancados de raíz, matorrales aplastados, troncos hechos trizas.

— Ni en diez años, dijo el Sr. Berton, ni quizás en veinte, quedarán reparados estos daños, no obstante lo vigoroso de la vegetación en estas regiones. Los elefantes, agregó, consumen gran cantidad de alimento y no tardan en devastar un país. Entonces buscan otro, y con tal fin emprenden expediciones como la que acabamos de ver pasar, y nada puede detenerlos en su marcha.

#### XLIII. — EL DESIERTO DE KALAHARI.

Ya no quedaba nada de las provisiones sacadas de Loanda, exceptuando unas libras de te y de café; así es que había que recurrir á la cocina indígena. Entre los manjares que la componían figuraba una oruga de seis á siete centímetros de largo, que abunda en el tronco de algunos árboles. El Sr. Berton la había comido, encontrando que su gusto no era desagradable; pero el amor de la ciencia no dominaba á Miguel hasta el punto de hacerle vencer sus repugnancias. Análogamente, cuando veía á los hombres de la escolta hartarse de cigarra, no podía resolverse á imitarlos, no obstante comprender que la mejor manera de evitar que los insectos devoren las provisiones es comérselos.

También le inspiraba invencible repulsión la *serpiente pitón*, y casi tanta el *hipopótamo*, por más que los negros declaraban excelente la carne de estos animales. Á todo eso prefería un asado de *Springbock*, una sopa de tortuga (pues estos animales abundaban), un ala de ibis, ó una paloma cazada con su propio fusil.

**Springbocks.** — Antílopes ó gacelas saltadoras, propias del África austral. Estos animales emigran de región en región para buscar su alimento, en manadas de diez y hasta de cien mil cabezas, y no dejan rastro de vegetación en los sitios por donde pasan. Los negros cazan muchos, salando y secando su carne.

Sin embargo, la tierra, fértil y verde hasta entonces, empezaba á mudar de aspecto: los árboles disminuían en número, y no tardó en desaparecer la hierba, quedando el terreno compuesto únicamente de arena fina y blanca, que reverberaba por la acción de los rayos del sol. En cuanto á agua, ni ríos ni arroyos; sólo de tiempo en tiempo se tropezaba con un charco lleno de líquido salobre.

La sed, el horrible suplicio que Miguel recordaba haber sufrido en el Sahara, no tardó en asaltar á los viajeros, y como si hubiese querido aumentar sus angustias, el espejismo presentaba ante su vista lagos refrescantes y ríos en cuyas orillas se mecían las palmeras. Estaban en el *desierto de Kalahari*.

Antes de entrar en él cuidó el Sr. Berton de llenar el carro con hierbas que dar á los bueyes y á los dos caballos, el suyo y el de Miguel, pues sabía que tardarían más de una semana sin encontrar ninguna.

Efectivamente, en la región que describimos transcurren á veces años enteros sin que caiga una sola gota de agua. Los habitantes de los países situados en los confines del desierto, que tampoco ven caer del cielo mucha lluvia, se imaginan que pueden obtenerla valiéndose de ciertos conjuros, y entre ellos hay hechiceros que *hacen llover*.

Éstos son probablemente algunos individuos menos ignorantes que los otros, que reconocen, valiéndose de ciertas observaciones, cuando va á llover y que cuidan de no hacer sus conjuros sino al estar persuadidos de que serán eficaces.

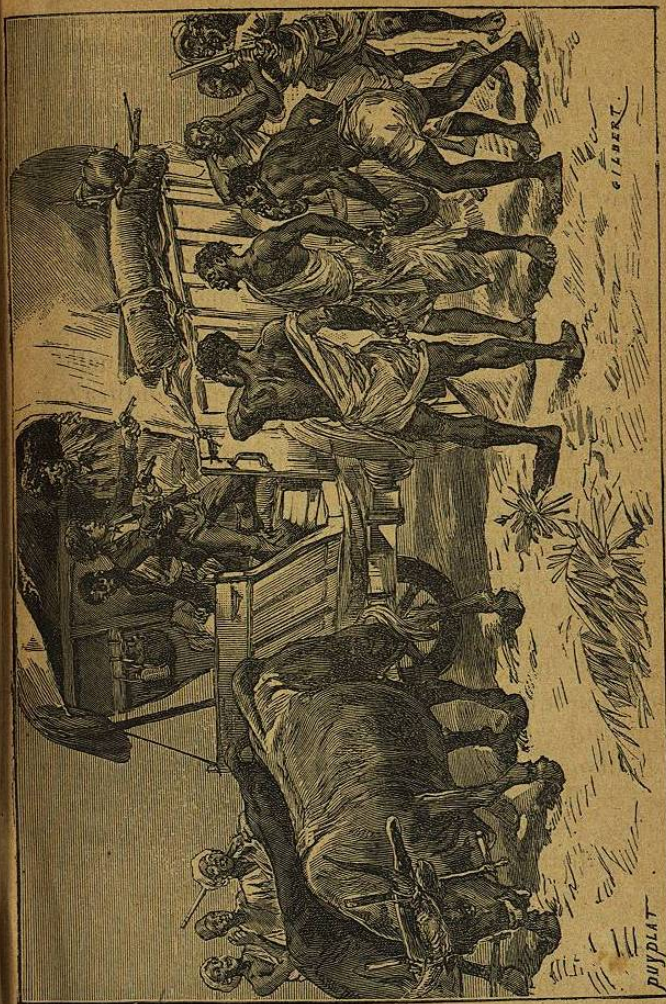
Todos los hombres de la escolta habían estado enfermos; únicamente el Sr. Berton, Miguel y Zimbo seguían bien; pero al quinto día de la marcha por el desierto, el jefe de la expedición se sintió mal al despertarse; sus sienes latían con fuerza,

tenía escalofríos y su pulso estaba muy agitado; sin embargo, quiso levantarse, pero no tardó en verse obligado á acostarse otra vez. Tendióse, pues, en el fondo del carro, sobre un haz de hierba seca que le servía de cama y dijo á Miguel que le preparase una fuerte dosis de quinina. Así esperaba triunfar de su indisposición, pero se engañó: la calentura aumentó mucho y por la noche Miguel vió con alarma el estado de su protector y amigo. El Sr. Berton deliraba y profería palabras sin ilación, entre las cuales se distinguían de cuando en cuando las de *¡agua, agua!*

Fácil es advinar la inquietud y el pesar de Miguel. ¿Qué hacer para combatir tan terrible calentura? No se atrevía á doblar la dosis de quinina, por más que el Sr. Berton lo hizo así una vez delante de él, pues le había dicho que esto era sumamente peligroso. ¿Iba quizás á tener el dolor de perder á quien le había dado tantas pruebas de amistad y de interés, que él pagaba con el más tierno y filial afecto? Esta idea le llenaba el alma de tal amargura que no quería ni siquiera pensar en su posibilidad. Pasábase las horas con la mirada fija en el rostro del enfermo, que ya no lo conocía, espiondo el signo más insignificante de esperanza, pronto á acudir al primer llamamiento. De tiempo en tiempo le echaba unas gotas de agua en la boca y mojaba con ella compresas, colocándoselas en la frente, á fin de combatir el ardiente calor de la cabeza.

#### XLIV. — UN TIRO DE PISTOLA.

Así siguieron las cosas por espacio de varios días, sin que se produjera ningún cambio en el estado del Sr. Berton, cuando una mañana, la del día quinto, creyó notar Miguel que el estado de su protector



Un tiro de pistola.

empeoraba. Su rostro había adquirido extremada palidez, no se movía, y apenas se oía su respiración; además, ya no pedía agua según lo había venido haciendo á gritos.

También los hombres de la escolta la reclamaban; el calor era sofocante y la sed horrible. Miguel había distribuido la víspera la que quedaba, no conservando, con destino al enfermo, sino tres litros poco más ó menos, que representaban su parte y la de Zimbo. Esta escasa cantidad la depositó en el fondo del carro, entre unos haces de hierba, á fin de que se mantuviera más fresca.

Estaba como de costumbre en compañía de Zimbo junto al enfermo, cuando se detuvo el carro. Asómose para ver cuál era la causa de la parada, y notó que todos los negros estaban agrupados en torno del intérprete.

Éste se adelantó y dijo con tono meloso :

— Tenemos mucha sed.

— ¿ Y qué puedo yo hacer? contestó Miguel. Tengamos ánimo hasta mañana en que saldremos del desierto y habrá agua, hierba y fresco en abundancia.

— Los negros no quieren esperar.

— ¿ Que no quieren esperar?

— No; dicen que en la tartana hay agua.

— Mi ración y la de Zimbo, que está reservada para el Sr. Berton.

— Los negros la piden.

— Pues no la obtendrán; además, ¿ que harían con eso siendo como son veinte? Apenas les tocarían unas gotas por cabeza.

— Unas gotas cuando se tiene mucha sed, es cose buena.

— Repito que no la daré.

— Dicen que si no se la quieren dar, la tomarán ellos.

— Quisiera ver eso, replicó Miguel con tono resuelto.

— Mire V. que son muchos. Más valdría darles desde luego lo que piden. Por otra parte, el amo no va á necesitarla mucho tiempo, pues no tardará en morirse.

— Miserable.

— Agua, agua, gritaron á una los negros, que habían aprendido á pronunciar esa palabra.

El intérprete se volvió hacia ellos, y aunque Miguel no comprendía su lengua, vió perfectamente que en vez de calmarlos, los excitaba.

El joven temía que la muerte de su protector sobreviniese pronto; pero queriendo conservar el precioso líquido que mitigaba sus sufrimientos, resolvió recurrir á todos los medios necesarios y entrando vivamente en la tartana, se presentó de pronto con un revólver en cada mano cuando los negros creían que había ido en busca del agua.

Al ver esto, hubo un momento de vacilación en los amotinados, pero unas palabras que uno de ellos pronunció les dieron nuevos ánimos y volvieron á gritar con más fuerza que antes : ¡ agua, agua!

Miguel empezó por amenazarlos, pero viendo que no lograba nada, tiró al aire.

Al ver los negros que ninguno estaba herido, se imaginaron que Miguel no sabía apuntar, y ya se disponían á echársele encima, cuando de pronto retrocedieron de espanto, al distinguir por encima del hombro de Miguel el pálido rostro del Sr. Berton.

El tiro de revólver había producido en el enfermo inesperado efecto, pues lo sacó del sueño tranquilo y reparador en que desde por la mañana estaba sumido. El abatimiento que Miguel tomó, con su inexperiencia, por señal de mayor postración, era al contrario indicio de una crisis favorable. Todo peligro



había desaparecido con la calentura, y el enfermo no necesitaba ya más que descanso.

La aparición del Sr. Berton calmó como por encanto á los descontentos. Cada cual volvió á su puesto, y el carro se puso otra vez en marcha.

Al caer del día siguiente salían del desierto, y llegaban á orillas de un afluente del río Orange.

#### XLV. — UN NUEVO ENFERMO.

El Sr. Berton estaba curado de su terrible ataque de fiebre, que sólo le había dejado un poco de debilidad, cuando Miguel se puso malo á su vez. El excesivo calor, la privación de agua y sobre todo las emociones de los últimos días determinaron unas calenturas, que no cedían tampoco á la acción de la quinina. Empezó á delirar, y no conocía al Sr. Berton ni á Zimbo que, inclinado sobre él, le hablaba con la mayor ternura. El explorador disimulaba su inquietud por no aumentar el dolor del negrito; pero tenía mucha, é interiormente se reprochaba de haber sometido á fatigas semejantes y á tan grandes privaciones á un mozo demasiado joven para poder sobrellevarlas.

Ya hacía algunos días que estaban así las cosas y las aprensiones del naturalista no disminuían. Zimbo continuaba cuidando á su amigo con la más completa abnegación; ni siquiera se separaba de él un minuto, hasta que una vez se le vió lanzarse fuera de la tartana y correr hacia un cañaveral que se alzaba á corta distancia, indicando la existencia de una charca.

El Sr. Berton, que lo seguía con la mirada lo vió desaparecer entre las altas hierbas y reaparecer poco después. Parecía querer correr, mas hubiérase dicho que no podía hacerlo sin dificultad.

— Yo haber encontrado, exclamaba con alegre tono; yo haber encontrado.

Y con aire de triunfo señalaba unos cincuenta animaluchos negros del tamaño de un dedo meñique, adheridos á sus piernas.

— ¡Sanguijuelas! gritó el Sr. Berton; Miguel se ha salvado.

Hízolas desprenderse de las pantorrillas de Zimbo mediante un poco de sal; el negrillo entró con el explorador en el carro, sin pararse á restañar la sangre que de los puntos de las picaduras le manaba.

Miguel estaba peor que nunca. Sus labios se agitaban con convulsivo temblor, sus mejillas estaban inflamadas, sus ojos, encendidos por la calentura, miraban sin ver. En sus desordenados movimientos había arrojado á lo lejos la manta.

— Sí, pensaba el Sr. Berton; he hecho mal en traerlo; era demasiado joven, y á su edad no está aún formado el temperamento. Sí, he hecho mal.

Mientras hablaba, ponía al desnudo el pecho de Miguel y le aplicaba las sanguijuelas. Es probable que éstas no habían tenido tiempo para satisfacer su voracidad en las piernas de Zimbo, pues apenas sintieron el contacto de la piel del enfermo cuando se apresuraron á picar en ella con actividad completamente satisfactoria.

Así que estuvieron bien repletas, el Sr. Berton las retiró; por fortuna habían producido el efecto deseado. La noche siguiente fué más tranquila; un día después disminuía la fiebre y al cabo de varias alternativas de mejoría y retroceso, Miguel entró en plena convalecencia y pudo montar á caballo al lado del Sr. Bertón.

Entonces estaban en el país de los *Betchuanas*.

Esta tribu se compone de nómadas que viven al

día con los productos de la caza, que practican de manera completamente salvaje. Construyen unos lazos que llaman *hopo*, y que consisten en dos hileras de estacas en forma de V. La entrada, que es muy ancha, se estrecha para constituir una especie de pasadizo, terminado por una enorme fosa. Todos los animales de la región, perseguidos por los cazadores en dirección del hopo, van á aglomerarse en el pasadizo, y la enorme fosa no tarda en verse llena en revuelta confusión con los cuerpos de gacelas, jirafas, alces, búfalos, antilopes, springbocks, cebras, gnús y rinocerontes.

**Alce.** — Cuadrúpedo del género *ciervo* (1), tan grande como el caballo. Tiene la cabeza adornada con una cornamenta muy pesada. Corre con gran rapidez.

**Cebra.** — Cuadrúpedo del género *caballo*, cuya piel está rayada transversalmente con bandas blancas y negras. Es oriunda del África Austral, muy arisca, y si bien se ha tratado de domesticarla, pocas veces ha sido esto posible.



Cebra.

**Gnú.** — Cuadrúpedo del género *antilope*. Tiene el cuerpo y la grupa de un caballo pequeño y una cabeza tan enorme como la del búfalo, armada de largos cuernos y que mantiene inclinada siempre hacia el suelo. En el cuello ostenta hermosa cenefa

blanca y negra y otra negra debajo de la garganta; su piel es blanca. Habita en numerosas manadas las montañas al norte del Cabo; es muy montaraz.

Los Betchuanas cazan también los avestruces. Para cogerlos, el salvaje se mete dentro del pellejo de otro avestruz que ha preparado de cierto modo, para darle apariencias de vida. Estos animales, que tienen escasa inteligencia, dejan que el cazador se les acerque de ese modo y el salvaje les lanza sus flechas emponzoñadas.

#### XLVI. — EL PAÍS DE LOS BOERS.

La mosca tsé-tsé volvió á atacar á los animales de la caravana, que continuaba su marcha hacia el sur.

(1) Renunciamos á la costumbre de dar todos estos nombres en latín.

Tres de los bueyes de la tartana y uno de los caballos habían dejado ya sus huesos en el camino y sus compañeros iban á sucumbir por efecto del veneno que el terrible insecto había inoculado en su sangre, cuando los viajeros, después de atravesar el río *Orange* ó *Gariel*, que desemboca en el Atlántico, llegaron al país de los *Boers* ó *Burs*, donde sobraban medios para reparar sus pérdidas.

Los Boers son los descendientes de los holandeses que fundaron en 1650 la Colonia del Cabo y de los calvinistas que fueron á reunirse con ellos, cuando los expulsaron de Francia en 1685 por la *revocación del edicto de Nantes*. Así se explica que en ese país abunden los nombres franceses.

**Edicto de Nantes.** — Edicto dictado por Enrique IV de Francia, en 1598, concediendo á los protestantes libertad para ejercer su culto. — Luis XIV lo *revocó* en 1685, suprimiendo la mencionada libertad.

Se llama *Colonia del Cabo* á la extremidad sur de África. Los ingleses se la arrebataron á los holandeses que la habían fundado, y hoy es un país británico. Su capital, *Cape Town* (ciudad del Cabo); ciudades principales *Port-Elisabeth* y *Graham's Town*.

Cuando los ingleses se posesionaron de este país, los antiguos habitantes, los Boers, que no habían acogido muy bien á los nuevos señores, abandonaron el centro del país y se retiraron á los confines de las regiones habitadas por los hotentotes, en dirección del río Orange, retrocediendo siempre á medida que los ingleses efectuaban nuevas conquistas y que engrandecían el territorio de la colonia.

Estos Boers son principalmente cultivadores; cosechan trigo, maíz y crían grandes ganados de bueyes, carneros y avestruces. Hacen gran comercio, sobre todo con *Port-Elisabeth*, la ciudad más comer-